

Laurie Colwin
Felicidad familiar

Traducción de Antonio-Prometeo Moya

Primera edición, 2017

Título original: *Family Happiness*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Family Happiness, © 1982 by Laurie Colwin

© de la traducción, Antonio-Prometeo Moya Valle, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Nancy Crampton

Imágenes de cubierta: © Freepik

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-97-9

Depósito legal: B.25.652-2016

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para J. J.

«Dios junta a los solitarios en familias,
libera a los presos de cadenas;
mas los rebeldes habitan en yermos.»

Salmo 68, 6

PRIMERA PARTE

Uno

Polly Solo-Miller Demarest era la joya de la familia Solo-Miller. Esta familia lo tenía todo: presencia, inteligencia, dinero, un fuerte y sólido sentido de clan y ramificaciones en Boston, Filadelfia y Nueva York, así como en Londres, como si de una entidad bancaria se tratase. El patriarca de la facción de Nueva York era Henry Solo-Miller, marido de Constanza, de soltera Hendricks y apodada «Wendy». Los dos procedían de antiquísimas familias judías, de esas que pasan más por americanas de pura cepa que por judías. Los Solo-Miller y los Hendricks habían llegado de Holanda, a través de España, antes de la independencia de Estados Unidos, en la que habían tomado parte o para la que habían ayudado a recaudar fondos. Henry y Wendy tuvieron tres vástagos: Paul, Dora (llamada «Polly» por todos) y Henry el Joven.

Polly estaba emparedada entre dos hermanos difíciles. Paul, abogado como su padre, siempre había sido un personaje taciturno, distraído e irascible. Se decía que era brillante, pero era tan callado que nadie le había oído decir nunca nada brillante. Tenía cuarenta y tres

años, estaba soltero, se le respetaba tanto en los círculos jurídicos como a su distinguido padre y era un vehementemente melómano. Henry el Joven, en cambio, era un patán. No había querido dedicarse a las habituales ocupaciones de los Solo-Miller y los Hendricks —el derecho y la banca— para proseguir su pasión juvenil, nada menos que la aerodinámica, y hacerse ingeniero aeronáutico. Se había casado con Andreya Fillo, también ingeniera, e hija de refugiados checos. Henry y Andreya se comportaban más como hermanos que como marido y mujer. Se ponían la ropa del otro, no pensaban tener hijos, jugaban con su perro y se dedicaban a volar cometas. El grande y apestoso perro de Henry el Joven, un coonhound manchado que respondía al nombre de Kirby, ocupaba el lugar del hijo que no tenían y, al igual que su amo, se había negado a recibir el adecuado entrenamiento.

Quien hizo abuelos a sus padres fue Polly. Estaba casada con un abogado guapo y corpulento llamado Henry Demarest, y había tenido con él dos retoños robustos y simpáticos: Pete, de nueve años, y Dee-Dee, cuyo verdadero nombre era Claire, de siete años y medio. Sus abuelos, que nunca se comportaron con ellos con la excentricidad con que habían tratado a sus propios hijos, los querían como a las niñas de sus ojos.

Henry el Viejo moraba en lo que Polly llamaba «reino de la mente superior». Esto significaba que a menudo no estaba del todo presente allí donde se le veía. Era un hombre más bien silencioso que se dedicaba a lo suyo como se cuelga un Rembrandt, con mucho cuidado, corrección y dignidad, aunque tenía sus rarezas con la comida y creía que todo, desde las verduras hasta el

costillar de vaca, debía lavarse con agua y jabón antes de cocinarse, y que los huevos debían fregarse antes de cocerse. Para gastarle un bromazo, una vez, Polly, cuando era adolescente, metió un pollo en la lavadora.

A causa de estas manías, mentían continuamente a Henry el Viejo. Comía con toda tranquilidad cuanto le ponían en el plato siempre que le asegurasen previamente que todo se había cultivado en suelo orgánico garantizado y había sido lavado con agua y jabón. La contaminación de la atmósfera era uno de sus temas preferidos.

Wendy nunca hacía nada a derechas. Durante años había llamado «Derwood» al pobre Douglas Stern, y todo el mundo, incluida la familia del buen hombre, lo llamaba ya de aquel modo. No era verdad que llamara «Carlos» a Pablo Picasso — Polly decía que sí —, pero le faltaba poco. Una broma que circulaba en la familia decía que Polly se había casado con un abogado llamado Henry para impedir que su madre metiera la pata.

En términos generales, los Solo-Miller preferían la compañía de los demás Solo-Miller a la de otros mortales y se reunían con frecuencia. Todos los domingos se presentaban en casa de Henry y Wendy para celebrar una comida que algunos llamaban «almuerzo» y otros «*brunch*». Los Solo-Miller la llamaban «desayuno».

La casa en que se instalaron Polly y Henry Demarest se parecía mucho a la de los padres de ella. Era totalmente lógico: Henry, que procedía de una familia de Chicago similar a los Solo-Miller, compartía las ideas de Polly referentes a la comodidad, el orden y el estilo de vida

que había que llevar. Creían en la armonía, la generosidad y las buenas obras. Henry gozaba de una excelente reputación como abogado. Formaba parte del consejo escolar del centro al que asistían Pete y Dee-Dee; era miembro del Colegio Norteamericano de Abogados y pertenecía al patronato de la fundación del colegio de Chicago al que había ido de adolescente.

También Polly tenía una ocupación. Era Coordinadora de Investigación de Programas y Métodos de Lectura de la división informativa del Departamento de Educación. La lucha de Polly era que todos los niños aprendieran a leer, y su trabajo consistía en evaluar el alud de métodos, manuales y test nuevos que llegaba al Departamento. Esta actividad combinaba algunas de las cosas que Polly más amaba —ayudar a los demás, los niños y los libros—, pero a pesar de su gran dedicación, hablaba poco de ella. De vez en cuando llegaba a su despacho un manual de lectura realmente absurdo y entonces se lo llevaba a casa para enseñárselo a Henry, pero por lo demás el trabajo se quedaba en el trabajo. Pensaba que los métodos para enseñar a leer interesaban básicamente a otros técnicos de la especialidad, mientras que el derecho era un tema amplio y de interés general.

A Polly se le daba bien su trabajo y se le daban bien los deportes; además, era una cocinera y un ama de casa extraordinaria. No era torpe y zafia como su hermano Henry, ni melindrosa y alérgica a los productos más comunes como su hermano Paul. De niña había tenido un carácter llamativamente dulce y de adolescente había puesto paz en las peleas entre Paul y Henry, que a menudo parecían correr el peligro de acabar en fratricidio.

Aquellas riñas habían sido los únicos momentos de cercanía que habían tenido Paul y Henry el Joven. En la actualidad solo coincidían en las reuniones familiares, aunque Polly veía a ambos con frecuencia.

Polly se había licenciado entre las mejores de su promoción en una elegante universidad femenina (que también había sido la alma máter de Wendy), luego había estudiado durante un año en Francia, al volver a Estados Unidos había sido profesora de primeras letras en una escuela privada, se había casado con Henry Demarest, había obtenido un título en enseñanza de la lectura, había tenido a Pete y a Dee-Dee y, finalmente, había conseguido un empleo de alto nivel. Iba al despacho tres días a la semana y se quedaba en casa los lunes y los viernes. De este modo imaginaba que tenía tiempo para todo: para llevar la casa, para estar con Pete y Dee-Dee y para ser la cariñosa media naranja de su marido.

Por añadidura, era la comensal favorita de su madre y una gran atracción social. Polly sabía escuchar. Tenía talento para estimular al tímido y aplacar al arrogante y al hostil. Además, le encantaba preparar postres para chuparse los dedos. Nunca había dado a nadie el menor motivo para recelar. Su familia la adoraba, pero nadie se creía obligado a prestar mucha atención a una persona tan tenaz, recta, jovial y amable como ella.

Los domingos por la mañana Henry Demarest se quedaba en la cama y Polly se encerraba en la cocina para preparar tortitas para los niños, con forma de arañas, murciélagos y serpientes. Le gustaba que todos estuvieran en casa, le gustaba asomarse a la ventana y no ver

tráfico en Park Avenue. Le gustaba ver a las familias salir en tropel de debajo de la marquesina del edificio y desfilar hacia Central Park.

Todos los domingos por la mañana, aproximadamente a las nueve y media, sonaba el teléfono.

—Hola, querida. Soy tu pobre madre —decía Wendy.

—Hola, mamá —decía siempre Polly—. ¿Cuántos para el desayuno? —Por culpa de los complicados horarios jurídicos y a causa de los trabajos especiales que de vez en cuando obligaban a irse fuera a Henry el Joven y a Andreya, el personal que acudía a los desayunos dominicales variaba todas las semanas—. Esta mañana estamos todos aquí. Un momento. Pete, ¿te importaría no zamparte todo el sirope de arce? Disculpa, mamá. ¿Quiénes van a estar?

—Tu hermano Paul no vendrá a desayunar —dijo Wendy—. Creíamos que sí, pero no estará.

—¿Por qué no?

—Nos ha mandado una carta urgente —dijo Wendy—. Reunión inaplazable en París. —El trabajo de Paul tenía que ver con el sistema tributario internacional y viajaba con mucha frecuencia—. Como de costumbre, Henry y Andreya vendrán con su repugnante saco de pulgas. Me gustaría que hablaras con ellos, Polly. Ese perro molesta mucho a tu padre.

—Madre, en estos tres años papá ni se ha enterado de que existe ese perro. Eres tú quien no lo soporta.

—Eso no es verdad —dijo Wendy, que sabía que aquello era verdad, con voz de ofendida.

—Papá nunca se fija en esas cosas y tú lo sabes —insistió Polly. Sujetaba el auricular entre la mandíbula inferior y la clavícula para tener las manos libres. Los

domingos por la mañana Pete y Dee-Dee se subían por turno a una silla para coger del fogón la masa de las tortitas destinadas a su padre. No les parecía bien que su padre comiera murciélagos, serpientes o arañas y las hacían al estilo normal, y luego Polly les añadía trocitos de pacana. Ya habían terminado las suyas y se subían por turno a la encimera para verter la masa con un cucharón.

—Tu padre es más sensible a esas cosas de lo que imaginas —dijo Wendy.

—Yo no he dicho que sea insensible, mamá. He dicho que no se fijaba y no se fija.

—Bueno, no importa —dijo Wendy—. Querida, ¿abre los domingos esa preciosa panadería que hay cerca de tu casa? —También aquello lo preguntaba Wendy cada semana.

—Abre hasta la una —decía Polly invariablemente.

—Entonces ¿te supondría mucha molestia bajar a comprar una hogaza de ese pan suizo de pueblo que tanto chifla a tu padre?

Polly respondió que no le suponía ninguna molestia: nunca le suponía ninguna molestia. Además, ya lo había comprado la víspera y lo había envuelto en un paño de lino para conservarlo fresco. La panadería también tenía un *pain au chocolat* que chiflaba a Wendy, y cuando Polly iba a por el pan suizo siempre compraba *pain au chocolat* para su madre.

El telefonazo dominical de Wendy era un ritual, como el pan suizo de pueblo y el *pain au chocolat*. Lo mismo podía decirse de las tortitas, de las pacanas en las tortitas de Henry y de la preparación de las tortitas de Henry por los niños. Henry desayunaba los domingos en la

cama. Trabajaba mucho durante la semana, y los sábados, si estaba libre de obligaciones, se iba de excursión con los niños al zoológico, a un museo o a comer a algún exótico restaurante francés. Decía que estaba educando a sus hijos para que fueran buenos compañeros de mesa de su vejez. Él y Polly creían que los niños debían aprender a comer, lo cual significaba probar cosas nuevas y saber comportarse en la mesa. Durante aquellas expediciones gastronómicas se les permitía beber un poco de vino con el agua.

Y puesto que todos los domingos —si no estaba fuera— aterrizaba en casa de los Solo-Miller, Polly opinaba que merecía que le sirvieran un verdadero desayuno, de modo que podía quedarse en la cama, descansar y leer los periódicos.

Polly no esperaba nunca que la sirvieran a ella. Solo trabajaba tres días a la semana, y aunque su trabajo también era agotador, no lo era tanto como el de Henry. A ella le llevaban el desayuno a la cama el día de su cumpleaños, el día de su aniversario de boda y cuando sus hijos cumplían años, porque a fin de cuentas era su madre.

Todos los Solo-Miller eran corpulentos y bien parecidos. Polly, que tenía los ojos de color gris claro, espesa cabellera cenicienta y unos hombros de nácar, se había casado con un hombre guapo. Verlo rodeado de almohadas, adormilado, con el pijama de rayas, el pelo oscuro y ondulado sin peinar, y cara de satisfacción, solía alegrarle el alma. Henry Demarest no era muy distinto de los demás miembros de su familia. Al igual que Henry el Viejo y que Paul, trabajaba con ahínco y dedicación. Polly estaba acostumbrada a ver un poco abs-

traídos a los hombres. Había crecido con un padre que no se daba cuenta de muchas cosas, como las peleas, las rivalidades fraternas o la confusión adolescente. Los medios con que Paul expresaba que se encontraba en el reino de la mente superior eran el silencio y la seriedad. Su inteligencia era legendaria, así que bastaba su sola presencia y se esforzaba poco socialmente. En cuanto a Henry el Joven, nadie más se interesaba por la aerodinámica, pero eso no impedía que hablara de ella, a pesar de todo. Henry Demarest, en cambio, no era un hombre serio, resultaba interesante por su trabajo y era capaz de fijarse en todo. Pero cuando las obligaciones agobiaban su espíritu y su mente, tampoco él estaba del todo presente, y entonces se parecía mucho a Henry Solo-Miller el Viejo.

—Pete y Dee-Dee —dijo Polly—, preparad la bandeja de vuestro padre. Voy a llevarle las tortitas. Podéis jugar hasta la hora del desayuno.

—Pero si acabamos de desayunar, ¿por qué vamos a desayunar más? —dijo Pete, que hacía la misma pregunta todas las semanas.

—No es un desayuno de verdad —decía Polly—. Es la comida.

—¿Y por qué los abuelos la llaman desayuno? —preguntaba Dee-Dee.

—Porque para ellos lo es. Es su primera comida del día, y desayunar significa interrumpir el ayuno. —Le pasó una servilleta a Dee-Dee y observó cómo la doblaba cuidadosamente.

—¿Qué ayuno? —preguntó la niña.